

DEDICATORIA

DE UNA VELADA DE FAMILIA

Señor Rector:

Por designación inmerecida tócame ofreceros esta fiesta familiar que la veneración y el amor han establecido en buena hora y convertido en tradicional regocijo en los fastos del Colegio. No podía tan alto honor recaer en persona más desprovista de las galas y atavíos literarios con que hubieran de exteriorizarse en la presente ocasión los vivos y múltiples sentimientos que a todos nos dominan en este día memorable. Pero no me era posible rehusar el amable encargo de mis compañeros, porque, aun cuando sólo he sido humilde espigador de las sabias enseñanzas que brotan aquí de vuestros autorizados labios, me es por otra parte, placentero, en grado sumo, hacer pública manifestación de la gratitud que os debo y de la veneración que os profeso.

Obreros del pensamiento os han consagrado ya sus páginas mejores; poetas renombrados, en acentos melódicos y en cristalinas estrofas rinden hoy homenaje a vuestras virtudes y excelsos merecimientos; a mí sólo corresponde, ya que no puedo más, ofreceros la expresión sincera del cariño de vuestros agradecidos discípulos.

Cuán grato sería para mí poder hablar dignamente de vuestra intensa y fecunda labor, ligada tan estrechamente con las excelsas glorias de este secular instituto, por vos llamado, con frase diamantina «relicario en que se guarda la tradición de la familia,» «cuna de la República,» «hogar del derecho, jardín de las buenas letras, reciamente aferrado a la tradición y abierto de par en par a todo legítimo progreso.» A él está, cier-

tamente, vinculada, de una manera indisoluble, vuestra meritísima vida, y, sobre sus muros eternos, ha quedado escrito, con indelebles caracteres vuestro ilustre y esclarecido nombre.

Quiso fray Cristóbal de Torres que su amado instituto llevara el glorioso nombre de Nuestra Señora del Rosario, bajo cuya protección lo puso, y que a la vez que fragua de «varones insignes, ilustradores de la República con sus grandes letras,» fuera el seminario de filosofía de Santo Tomás de Aquino. Con sin igual largueza, hízolo dueño de valiosos y prósperos dominios y consiguió para él de la regia liberalidad de un monarca los privilegios de que entonces gozaba el célebre colegio Mayor de Salamanca. Lo dotó de sapientísimas constituciones, inspiradoras más tarde de las ideas republicanas que culminaron en el glorioso movimiento de 1810 y que hicieron del instituto, como vos lo habeis hecho notar, «el foco de donde irradió la civilización por todo el nuevo reino de Granada.»

Aquí se educaron los varones que dieron vida a la República, los que, al precio de su sangre, nos legaron la libertad sagrada, lumbreras de las ciencias, dechados de virtudes de cristianos y patriotas y modelos insuperables de las generaciones venturas.

Cuando llegué a este Colegio por primera vez me parecía ver vagar a través de este claustro legendario las sombras severas de los próceres, unas veces agobiados por la pesadumbre de sus penas y otras por el recuerdo de los felices años de su vida consagrados a la ciencia en la paz de este recinto, o me los imaginaba prisioneros en estas aulas, en vísperas del martirio.

Larga vida lleva ya este glorioso instituto: es verdad que enombrecido en algunas épocas de tormenta, pero renovado y abillantado al fin por el afianzamiento de la paz y la prosperidad de la Nación. Es bien.

sabido que en algún tiempo se enseñó en estas aulas, en lugar de la doctrina católica y tomista, el estéril utilitarismo, vacío de todo ideal, que seca el sentimiento y hace preponderar la fuerza sobre el derecho.

Triunfantes las sanas y salvadoras ideas, la educación toma nuevos rumbos y tiene por fin inmediato y «por principio primero la divina enseñanza,» «alma mater de la civilización,» como lo dijo un ilustre mandatario (1). Inicióse, pues, una nueva era para la nación y necesitábase un hombre que encauzara las nuevas corrientes.

Para tal empresa fuisteis uno de los escogidos con laudable acierto. Comprendisteis los designios de Dios y con el ánimo regocijado consagrasteis vuestra clara inteligencia y todos vuestros esfuerzos y desvelos a la obra de la restauración del Colegio Mayor. Conservásteis los estatutos fundamentales en lo sustancial, modificándolos en lo que las nuevas necesidades demandaban, porque como bien lo habéis dicho «no es un colegio monumento inmóvil destinado a resistir impasible los embates del tiempo, como las pirámides o la esfinge; sino, al contrario, organismo vivo, capaz de crecimiento y perfección; idéntico así mismo en sustancia, variado y movible en los accidentes.» Fundásteis, además, la facultad de filosofía y letras, restaurásteis la de jurisprudencia, haciéndole edificar un local apropiado, y de ellas han salido varones insignes, como los quería el fundador; resurgió con renovado esplendor la filosofía del Ángel de las Escuelas y, en fin, floreció de nuevo el rosal de las letras clásicas y brotó el agua de la ciencia más abundante y cristalina todavía. Y para que nada os faltara hicisteis erigir la estatua del egregio

(1) Don Rafael Núñez.—Exposición al Consejo Nacional de Delegatarios. 1885.

varón que trajo a estas cumbres los ricos dones con que el cielo lo colmara: luz para las inteligencias y consuelo para todos. Allí está, «oprime contra el pecho el volumen intangible de nuestras constituciones, que nadie ha violado impunemente, y extiende la diestra, descarnada, aristocrática, supremamente bella, como para proteger a los jóvenes que se educan a la sombra del claustro, para amparar al Colegio, para bendecirlo, en nombre de Dios, desde la gloria» (1).

En la cátedra y en el púlpito habéis alzado siempre la voz con palabras encendidas en el amor y el culto del Sér Supremo y habéis infundido sin cesar enseñanzas de Aquel que quiso regenerar el mundo y elevar y perfeccionar a todas las gentes por medio de la palabra.

Y podéis estar seguro de que siempre han producido vuestras férvidas palabras el apetecido efecto en la mente y en el corazón de vuestros alumnos. Yo los he visto en los días de recolección espiritual, vagar por los corredores y pasillos del claustro no con el aire distraído e irreflexivo de los años juveniles, sino pensativos y silenciosos, como si «al amparo de un recogimiento unánime se verificara en el espíritu de todos ese fino destilar de la meditación, absorta en cosas graves, que una alma santa ha comparado delicadamente a la caída lenta y tranquila del rocío de la noche sobre el vellón de los blancos corderillos» (2).

Noble ha sido la tarea a que habéis consagrado la vida y bello y agradecido el campo que os ha tocado cultivar y cómo no! si ese campo no es otro que la juventud, y la juventud colombiana de quien más que otra alguna resultan verdaderas las palabras del pensador uruguayo: «La juventud es el descubrimiento de un horizonte inmenso, que es la vida.» «El descubrimiento de las tierras ignoradas necesita completarse con el esfuerzo viril que las sojuzga. Y ningún otro espec-

(1) Monseñor Rafael M. Carrasquilla, R. del C. del R.—V. pág. 567.

(2) J. E. Rodó. *Ariel*.

táculo más propio para cautivar a un tiempo el interés del pensador y el entusiasmo del artista que el que presenta una generación que marcha al encuentro del futuro, vibrante con la impaciencia de la acción, alta la frente, en la sonrisa, de un altanero desdén del desengaño, colmada el alma por dulces y remotos mirajes que derraman en ella misteriosos estímulos, como las visiones de Cipango o el Dorado en las crónicas heroicas de los conquistadores.» El maestro es el llamado a modelar el espíritu de esa juventud que vive «del renacer de las esperanzas, de las promesas que fian eternamente al porvenir la realidad de lo mejor» y de donde, según el decir del ya citado escritor, «adquiere su belleza el alma que se entreabre al soplo de la vida, dulce e inefable belleza, compuesta, como lo estaba la del amanecer para el poeta de *Las Contemplaciones* de «un vestigio de sueño y un principio de pensamiento» (1).

Con la prestigiosa voz que deja adivinar la sangre procerca que bulle en vuestras venas, infundís en vuestros discípulos acendrado amor a la Patria. Y para las generaciones que por aquí pasan y seguirán pasando, habéis tenido siempre la palabra alentadora: *Excelsior*. ¡Más allá, más allá! Palabra que llena de fe los corazones, impulsándolos a la conquista de la meta deseada, bajo la perspectiva de halagüeños triunfos.

Señor Rector: la sencilla fiesta con que celebramos vuestro onomástico y os tributamos justísimo homenaje, es un florilegio de congratulaciones y alborozos en espíritus juveniles; es el brote espontáneo de corazones agradecidos que se agrupan aquí para felicitarnos efusivamente hoy que cumplís un año más en la nobilísima y ardua carrera del magisterio.

Octubre de 1921.

SANTIAGO RIZO LOBO
(Colegial de número)

(1) J. E. Rodó—*Ariel*.